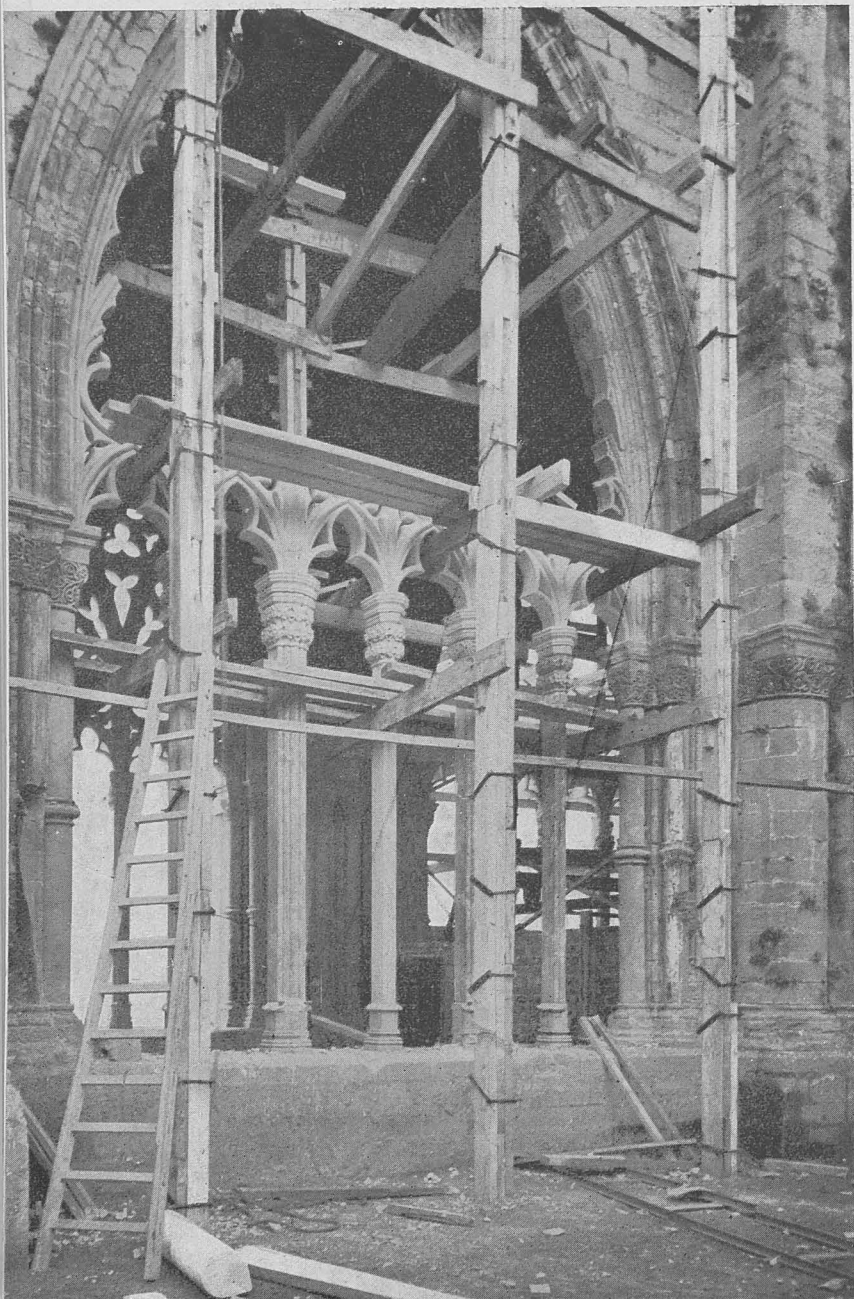


la plaza los cartagineses y, luego, los romanos, que hicieron de *Ilerda* gran centro de actividad comercial y cultural —como lo prueba que su nombre fuera consignado por Lucano y por Horacio—, al amparo de su vigilante castro establecido encima de aquel llamado *Mons Publicus*. Se cree que allí debió de erigirse el primitivo templo cristiano, ignorándose la fecha, si bien a comienzos del siglo VI, en que Lérida tenía ya jerarquía prelacial, figuraba como obispo Pedro, celebrado por San Isidoro de Sevilla. La ocupación sarracena obligó al prelado de entonces a refugiarse en las montañas ribagorzanas, estableciéndose la mitra definitivamente en Roda, hasta 1101, en que, reconquistada Barbastro, quedó instalada allí. Casi medio siglo después, en 24 de octubre de 1149, el conde de Barcelona, Ramón Berenguer IV, derrotó a las huestes alarbes, arrebatándoles aquél a la sazón último reducto de su dominación en Cataluña, con lo que pudo restablecerse en Lérida la sede episcopal, cuyo primer prelado, Guillermo Pérez de Ravitats, consagró la mezquita árabe en templo catedral.

*Reconstrucción de un ventanal.*



Según aparece inscrito en una lápida existente en el Museo Provincial, la que sería Catedral famosa, comenzó a construirse en julio del año 1203, reinando Pedro II de Aragón. Fué colocada la primera piedra por el canónigo «operario» Berenguer de Obició, de la Junta de la Obra, y por Pedro de Coma, maestro arquitecto, a presencia del monarca, a quien acompañaban el conde Armengol de Urgel y el obispo de la diócesis, Gombaldo de Camporrells, tercero después de la reconquista. La edificación del cuerpo principal de la Catedral se llevó a cabo con mayor celeridad que la de otros grandes templos coetáneos. Consta que en 1215 ya se había iniciado la construcción del claustro, y, según aparece consignado en otra lápida, en 1225 pasó el cortejo fúnebre del obispo Berenguer por una de las grandes puertas, a la que desde entonces dióse su nombre. Fué consagrada y abierta al culto por el prelado Guillermo de Montcada el 31 de octubre de 1278. Claro que posteriormente continuaría la obra del cimborrio, terminación de capillas, ornamentación estatuaria de las puertas y erección del claustro y la torre anejas, obra ya de la XIV y XV centurias.

De los acontecimientos bélicos en que, a lo largo de siglos posteriores, vino Lérida a desempeñar importante papel, debido a su situación privilegiada, los que afectaron decisivamente a su antigua Catedral, fueron la Guerra de Sucesión, en los primeros lustros del XVIII, y la invasión francesa, en los del XIX. Declarada decididamente la ciudad en favor del advenimiento del archiduque don Carlos de Austria a la corona de España, se puso en armas contra las tropas del primer Borbón, Felipe V, que la sitiaron desde el 1 de septiembre hasta el 11 de noviembre de 1807, día en que capituló, quedando al frente de la plaza el conde de Louvigni. A consecuencia de ello «fué rodeada de murallas y defensas —escribió Lampérez—, se la cerró al culto y se la convirtió en cuartel. Dividieronse las naves en dos pisos por medio de vigas y entarimados; en un ábside fué instalada la cocina; en una nave baja, el parque de artillería; parte del claustro fué bueno para cantina, y otra para calabozo; cada cambio de guarnición significa otro encalamiento de capiteles, pilares y bóvedas; cada jefe de regimiento abre un nuevo boquete en los tímpanos y en las archivoltas; cada rancho ahuma un poco más las bóvedas y las paredes. Y así ha llegado a nosotros la regia fundación de Pedro II de Aragón. ¡Vergüenza eterna para España en general y para Lérida en particular, que no han querido construir un cuartel propio e higiénico y salvar con ello el hermoso monumento!» No menciona el ilustre arquitecto y tratadista que en 1812, hallándose Lérida invadida por los galos, quisieron los españoles sorprender a los sitiadores del castillo volando el polvorín del mismo, instalado en la cercana *Azuda*, o antigua mezquita árabe, resultando de tales efectos la explosión que arruinó,